

Montañismo

¿Por muchos años?

Sí, me pregunto por el futuro del montañismo, pero no porque dude de la futura existencia de montañeros, sino porque dudo de la existencia futura de lo que llamamos ecosistemas de montaña, que son precisamente nuestro campo de acción como montañeros. El montañero, el excursionista, el amante de la naturaleza, ¿podrá existir dentro de 100 años?

No pretendo descubrir nada nuevo al afirmar que el montañismo, en todas sus facetas, es la actividad de carácter deportivo que cuenta, entre nosotros, con mayor número de practicantes, federados o no. Lo digo, porque de tal realidad se desprenden dos consecuencias, —especialmente importantes—, y una responsabilidad en relación con el título de estas líneas.

La primera: Tal aumento en cantidad debe caminar junto a una mejora en la calidad, es decir que, cada día debe ser mayor la preocupación por nuestra preparación en cuya base está el conocimiento de la montaña y de nuestra relación con ella.

La segunda: Poner todos los medios a nuestro alcance para que el excursionismo, el montañismo, el contacto con la naturaleza pueda seguir practicándose en el futuro, lo que no podrá hacerse sin respeto a la naturaleza.

Cuando algunos montañeros, sociedades de montaña e incluso asociaciones internacionales, nos hemos manifestado en contra de ciertos proyectos de obras en montañas, (carreteras, obras hidráulicas, grandes complejos turísticos, etc.), hemos sido generalmente mal interpretados. Se ha dicho que vamos contra el progreso; que somos unos egoístas al querer impedir que la montaña se ponga al alcance de todos gracias a las carreteras y los



Alrededores de Aránzazu

Foto, P. Irigoyen

teleféricos; cuando no se ha dicho, como en el caso de recientes proyectos pirenaicos, que estamos impidiendo el desarrollo de los pueblos montañoses.

Nada más ajeno a la realidad. Nuestra preocupación por la «conservación» de la naturaleza nace de una preocupación real de cara al futuro, a próximas generaciones. ¿De qué forma debemos, el hombre y la sociedad, hacer uso de la naturaleza para que también a largo plazo podamos encontrar en ella lo que hoy nos ofrece?

Habrá que recordar que la naturaleza, de la que la montaña es una parte, no es una máquina fabricada por nosotros a la que se le puede reponer una pieza desgastada. Afirmamos que la naturaleza nos aporta una serie de valores insustituibles, pues bien, ¿no somos responsables de que tales valores perduren en el futuro?

Pudiera parecer tremendista pero para demostrar lo contrario voy a entresacar a continuación algunas ideas de los planteamientos que en 1971 ponían en marcha un importante trabajo de la UNESCO en relación con estos problemas.

En primer lugar: El hombre vive en la naturaleza, es parte de ella. Esto significa que para su bienestar físico y mental necesita recibir de ella

una serie de valores. Que existe entre el hombre y la naturaleza una relación mutua de dar y recibir. Al mismo tiempo el hombre actúa sobre la naturaleza, la transforma promocionándola o destruyéndola, y comprometiendo, por tanto, los valores que de ella recibe. ¿Podrá la montaña proporcionarnos en el futuro lo que hoy nos proporciona si la llenamos de carreteras, hoteles, presas y teleféricos? Si la convertimos en un lugar de residencia, por muy habitable que sea, ¿podrá alguien, después de nosotros, ir a ella para alejarse de la ciudad?

No se trata por tanto de amor o respeto a la naturaleza sin más, sino que, en el fondo, es un problema de respeto al hombre y a la vida futura sobre la tierra.

La naturaleza es patrimonio de todos, no es un bien privado, pero tampoco es el bien público de nuestra generación.

No se puede pretender una mejor calidad de vida para el hombre en una naturaleza deteriorada. Si el progreso que buscamos destruye el ambiente natural en el que vivimos, habrá que decir que no buscamos un progreso humano. Podrá progresar la economía y la industria pero no progresará ni el hombre ni la vida. Por mucho que fuerzas interesadas intenten convencernos de lo contrario, tenemos que afirmar que el progreso se puede lograr sin destruir la naturaleza.

Recordemos algunas cosas ya sabidas. ¿Por qué son importantes las zonas de montaña?

- *Gran parte del agua potable de los ríos procede de las montañas.*
- *Muchas sustancias vitales llegan a los valles y al mar desde las montañas.*
- *Por su aislamiento, las zonas de montaña conservan especies animales y vegetales que han ido desapareciendo en otras zonas, así como especies propias de las condiciones climáticas de la montaña.*
- *Las montañas son importantes para el recreo y bienestar del hombre por el clima, luz solar y calidad del aire sin contaminación.*
- *Y son importantes para las poblaciones humanas que viven en ellas totalmente dependientes de lo que producen.*

¿Por qué es importante conservar el mayor número posible de las especies vegetales y animales de las zonas montañosas?

- *Porque contribuyen a la salud ecológica y al funcionamiento equilibrado de la biosfera.*
- *Para su utilización directa como recursos naturales.*



Brecha de Rolland

Foto, Olaizola

- *Para su utilización educativa, científica y cultural.*
- *Por su posible contribución futura al bienestar y supervivencia del hombre.*

Y atención porque: «Las especies extinguidas no se pueden sustituir o reconstruir».

Afirmamos que los sistemas montañosos son «sumamente vulnerables a las perturbaciones producidas por las actividades del hombre». La frase pertenece al equipo internacional que estudia estos problemas y la explican así:

«El hombre utiliza la naturaleza y en los últimos años su atención se orienta intensamente a la utilización de las zonas montañosas para aprovechar su pesca, su caza, para recrearse y hacer turismo, para el pastoreo, la regulación de aguas y el aprovechamiento de los bosques. Estos factores pueden llevar a un desarrollo cada vez mayor de instalaciones técnicas y rutas de transporte».

«Actividades tales como la deforestación, la aplicación de métodos erróneos de aprovechamiento de bosques, la roturación incorrecta, el pastoreo

abusivo, la construcción de carreteras y la explotación de minas y canteras mal planteadas, tienen a menudo como resultado; la erosión de tierras, el afloramiento de rocas y desiertos pétreos. Entre los resultados típicos de la mala explotación de los sistemas montañosos figuran inundaciones catastróficas, corrimientos de tierras, el agotamiento de los ríos y manantiales y la desaparición de la fauna y flora. Los aspectos nocivos de todos estos fenómenos se sienten hasta en los valles, llanuras y deltas de los ríos».

Ante este panorama, ¿qué hacer? «La amenaza que para estos ecosistemas representan las actividades imprudentes», —o interesadas—, «del hombre y el carácter irreversible del deterioro que puede producir plantean problemas que deben estudiarse urgentemente». Entre los estudios que señalan destaque: «Promoción del estudio de la reacción de los ecosistemas de las altas montañas a las perturbaciones provocadas por el hombre, prestando especial atención a los métodos tradicionales de utilización del suelo y a los efectos de las actividades relacionadas con el recreo, el turismo y la explotación de otros recursos comprendidos los proyectos hidroeléctricos y los pastos de verano».

Si parece necesario hacer este tipo de estudios, no debemos permitir que se hagan grandes planes turísticos en zonas de montaña sin realizarlos de antemano.

Estas ideas se van concentrando a medida que el grupo de científicos al que me estoy refiriendo se ha ido reuniendo desde 1971 y han ido aportando experiencias de diversos países en cuyas zonas montañosas se han producido ya estos efectos desastrosos. Estas experiencias debemos aprovecharlas si no queremos que también a nosotros nos ocurra que los planes que se pongan en marcha, se descubran después planes a corto plazo. Entonces será tarde porque el agotamiento de la naturaleza que hayan producido podrá llegar hasta destruir lo que habíamos querido promocionar.

Otra vez puedo parecer tremendista. Para que se vea que no es así quiero copiar aquí la conclusión n.º 29 del Symposium Internacional sobre «El Porvenir de los Alpes», celebrado en Trento en setiembre de 1974 con la participación de los cinco países alpinos y de diversas organizaciones internacionales. Dice así: «Es preciso abandonar el modo actual de explotación turística basado en grandes concentraciones inmobiliarias unidas a las instalaciones de remonte. Este sistema degrada irreversiblemente el medio de la alta montaña, reduciendo su disfrute a un ejercicio monótono y mecánico, que retrae al turismo basado en las excursiones, en el alpinismo y en la cultura y solamente aporta beneficios a los promotores privados sin aportar nada a las poblaciones locales».

Gran parte de nuestros ecosistemas de montaña están aún libres de este tipo de explotación, pero sobre algunos de ellos se cierne ya la ame-

naza de invasión según el esquema que, como hemos visto, ha producido efectos contrarios a los pretendidos en los Alpes. Pensemos por ejemplo en el proyecto de 12.400 plazas hoteleras para el Valle de Belagua y el de 3.500 plazas hoteleras y 6.000 de apartamentos para la estación de La Maladeta. Pirineos, ¿por muchos años?

Si hay oportunidad trataré de ampliar más estos datos y concretarlos, a base de precisamente de los trabajos citados de la UNESCO y de lo tratado en el Symposium sobre los Alpes al que me acabo de referir.

TXEMA URRUTIA